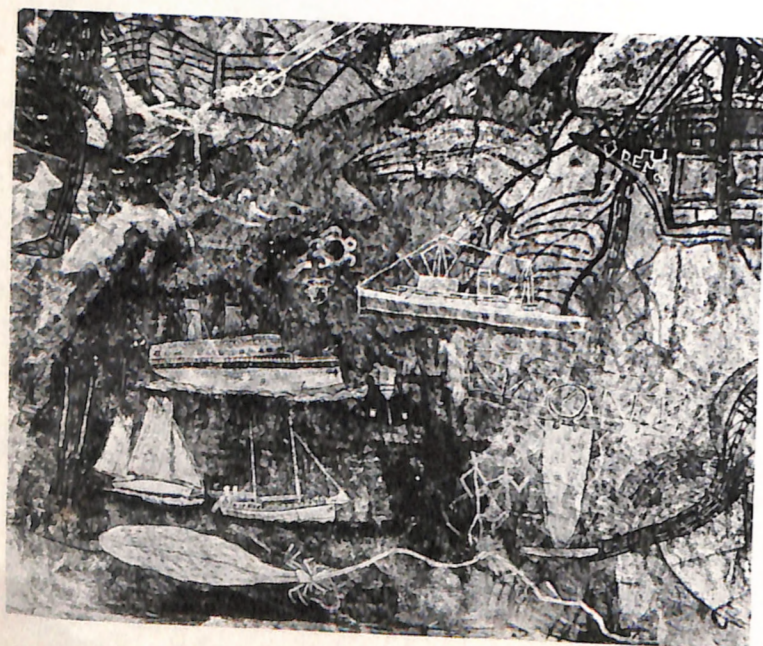


Dos ejemplos de pinturas rupestres aborígenes (de Arnhem Land) ofrecen analogías con el concepto de los aborígenes sobre el Gran Tiempo como un todo, en el que coexisten pasado, presente y futuro. Arriba, cola y pata de un canguro (recientemente dibujadas) superpuestas a un fondo de trabajo más antiguo. Abajo, dibujos nuevos de barcos europeos se mezclan con dibujos tradicionales más antiguos.



el tiempo que pasa, sino el Gran Tiempo, el que poseía significado y realidad para él.

El Gran Tiempo pertenecía a los mitos, a los dioses, a los espíritus poderosos, a los creadores mágicos. Y, cuando el hombre primitivo adoraba o ejecutaba ritos ceremoniosos o se entregaba a algún acto significativo—porque, cuando partía de caza o de pesca, acaso imitase deliberadamente a algún héroe mitológico—, entonces penetraba en el Gran Tiempo. Su mundo estaba sustentado, no por el paso sin sentido del alba al mediodía y del mediodía a la puesta del sol, sino por este Gran Tiempo, en el cual existían toda creación, todo poder, toda magia.

Probablemente, los mejores ejemplares aún subsistentes de hombres primitivos sean los aborígenes australianos, cuyas creencias han sido escrupulosamente estudiadas, en particular por A. P. Elkin, a quien debo mucho de lo que sigue. (Todas las citas están tomadas de *The Australian Aborigines* [*Los aborígenes australianos*], de Elkin.) Ahora bien: estas gentes creen que todo hombre posee un alma o espíritu que existe eternamente. La vida de estos espíritus se desarrolla de forma cíclica. Tales espíritus «preexistían usualmente en determinados lugares del país del grupo». Después, encarnados por medio de la madre, entran en la vida profana, en el tiempo que pasa. En el momento de la muerte, vuelven a sus hogares de espíritus.

Y estas moradas existen no solo en un mundo sagrado, sino también en un tiempo sagrado (el Gran Tiempo), un tiempo que es cualitativamente diferente por completo del tiempo profano o tiempo que pasa. Es *todo al mismo tiempo*, en lugar de *una cosa detrás de otra*, pasado y presente y futuro fundiéndose y haciéndose uno, el instante eterno.

Sus mitos relatan las hazañas de grandes antepasados o héroes. «Para los aborígenes, las cosas son como son, a causa de las acciones personales de seres heroicos en el pasado.» Pero este «pasado» pertenece a ese mismo tiempo sagrado de los hogares de los espíritus: está también presente. El término usual que emplean para el período creador pretérito también significa «soñar». Sus mitos se refieren al tiempo del sueño eterno. «El tiempo al cual se refieren [los mitos] participan de la naturaleza del sueño; como ocurre en el sueño, el pasado, el presente y el futuro son, en cierto sentido, coexistentes. Son aspectos de una sola realidad.» Tienen muchas formas de totemis-

mo, abarcando diferentes clases de vida, pero el término que emplean para el culto del totem es también el de «sueño». Y el culto del totem es la «puerta que da acceso al tiempo del sueño eterno». La apertura de esa puerta se efectúa mediante un ritual, cuyas ceremonias anulan el tiempo profano o tiempo que pasa y conducen al tiempo del sueño eterno. Cuando, en estas ceremonias rituales, se reproducen las grandes hazañas originales de míticos héroes, los hombres que en ellas participan entran en el tiempo en que esas proezas fueron ejecutadas originalmente, no en el pasado, sino en un eterno presente.

Según creen estos aborígenes, el acceso al «tiempo del sueño eterno» solo puede ser logrado mediante la observancia de las reglas tradicionales sobre el comportamiento. La «vida secreta» de lo ritual y mitológico es infinitamente más importante y significativa que la existencia cotidiana, el ganarse la vida, el tratar de parecer importante y así sucesivamente.

«Es la vida—como nos dice Elkin—en la que el hombre encuentra realmente su puesto en la sociedad y en la naturaleza, y también en la cual se pone en contacto con las cosas invisibles del pasado, presente y futuro.» De ella extraen los hombres valor y fortaleza, pero no si «profanan o descuidan los lugares, rompen la sucesión de los iniciados, olvidan los mitos y omiten los ritos», todo lo cual resulta en la pérdida de «un áncora en el pasado, un manantial de fortaleza y un sentido de dirección para el futuro».

Cuando un joven es iniciado en la vida sagrada del grupo o tribu, se le da un nuevo nombre, generalmente tomado de uno de los mitos, y ese nombre no se menciona jamás, salvo en terreno sagrado. Es su pasaporte «para el mundo eterno y no visto de héroes ancestrales y totémicos». Y ya el iniciado representa su papel para mantener en el grupo o tribu la conciencia de ese otro mundo, ese otro tiempo... el tiempo del sueño eterno.

He ahí lo que se cree—o se ha creído—por parte de hombres negros que han llegado a nosotros desde la Edad de Piedra. (Alguien debería comparar estas creencias, en función de su amplitud, profundidad y respuesta a las más hondas necesidades psicológicas del hombre, con las creencias de los ciudadanos corrientes de Sydney y Brisbane.) Aquí, la indiferencia con respecto al tiempo que pasa, así como

el énfasis sobre y la dependencia del Gran Tiempo, son evidentes. Esta es la vida del hombre moderno a la inversa. El hombre moderno siente que su vida se consume al compás del reloj—esta es la única realidad—y no puede entrar en un «tiempo de sueño eterno», no sabe nada de las «cosas invisibles del pasado, presente y futuro» y no posee esa oculta fuente de valor y fortaleza. Se siente ligado a una estacha que le arrastra inexorablemente hacia el silencio y la oscuridad de la tumba.

Sin embargo, también sueña, descubriendo, si opta por recordarlo, en esta extraña existencia nocturna, una confusión de pasado, presente y futuro, como veremos. Pero ninguna idea de un «tiempo de sueño eterno», donde dioses y héroes (de los cuales no está separado para siempre) revisten su propio ser, llega hasta él irradiando luz, para que el hombre moderno olvide sus calendarios y relojes, las arenas de su tiempo que se agotan. Externamente, el negro que busca en el desierto raíces comestibles y pequeños animales para su alimento, hace una triste figura comparado con el hombre blanco que desciende de su avión, para dirigirse en coche a Melbourne, donde le espera una costosa comida; pero interiormente, donde la psiquis también necesita sustento, el caso sufre alteración, y quizá sea preferible renunciar a toda comparación.

Hemos recorrido un largo camino desde aquellos antepasados nuestros, cuyas ideas del Tiempo no pueden haber sido muy diferentes de las de los aborígenes australianos. El tiempo que pasa, una vez casi carente de significado, es ahora el compás ineludible, como el del motor de alguna nave espacial, de todo el vasto universo. Parecemos estar enteramente a su merced. Y, mientras, cualquier idea, otrora tan importante, del Gran Tiempo, el tiempo del sueño eterno, el otro tiempo de dioses, héroes y mitología, parece haberse desvanecido.

Pero, de hecho, no se ha desvanecido enteramente. ¿Cómo podría haber sido? Después de todo, somos descendientes de esos hombres primitivos, unidos a ellos a través de la sangre y los huesos y el sistema nervioso y varias zonas misteriosas del cerebro, y, por mucho que podamos despreciarla, no podemos escapar a nuestra herencia, debemos aceptar lo que nos han legado nuestros antepasados. Y como hubo incontables generaciones de ellos, que prece-